



Enrique Cerdán Tato

△▽

El lugar más lejano

Cuando llegué al Ayuntamiento un guardia me advirtió que no podía ver al señor alcalde, porque había ido a la capital a resolver ciertos asuntos y no regresaría hasta transcurridos varios días. Ni tan siquiera levantó la cabeza, siguió sentado, con la mirada en el periódico. Le pregunté si podía entrevistarme entonces con el secretario y me dijo que muy posiblemente, pero de cualquier modo tenía que aguardar, ya que aún no había llegado. Así que me senté junto a él -junto al guardia- en el banco del zaguán.

Me encontraba cansado del viaje y algo triste, por eso tenía ganas de comenzar mi trabajo. Una vez en la escuela, todo iría mejor. Bostecé disimuladamente y estiré las piernas. Las tenía entumecidas, después de seis horas en aquel desvencijado autobús; ¡y qué seis horas! Cestos y gallinas por todas partes, brincos, tumbos y gritos. Además, el coche había tenido que detenerse en varias ocasiones, porque el agua del radiador se recalentaba y echaba humo como una cafetera. Los campesinos debían de estar acostumbrados a las frecuentes paradas, de manera que las aprovechaban para pasear tranquilamente por la polvorienta carretera. Sin embargo, yo me puse furioso con todo aquello.

Al llegar al pueblo mis compañeros de viaje desaparecieron con mucha prisa en el interior de las casuchas diseminadas aquí y allá, entre breñas, árboles y vallados. Hacía un calor sofocante. Estábamos a mediados de septiembre y desde aquellas alturas el sol parecía estar al alcance de la mano.

Era ya mediodía y volví a preguntar al guardia si el señor secretario tardaría aún mucho. Hizo un gesto de incertidumbre y continuó su lectura. No sentía más que el zumbido de los insectos y el repique distante de un yunque. Me levanté y anduve hasta la puerta. Miré hacia afuera y no vi a nadie. No sé por qué se me ocurrió pensar que aquel pueblo era distinto de cuantos conocía. Había algo muy singular en todo, incluso -48- en el aire denso y pegajoso. Claro que quizá no fuera más que una observación algo desenfocada como consecuencia de mi estado de ánimo.

Había transcurrido cerca de una hora cuando llegó el secretario. El municipal se puso trabajosamente en pie, sin soltar el periódico, y murmuró un saludo. Me acerqué a él y sin más preámbulos me presenté. Era un hombrecillo amable y muy nervioso. Me hizo entrar en su despacho y me ofreció una silla. Le dije que iba destinado a la pedanía de Los Tatujos y que deseaba incorporarme inmediatamente.

-Lo comprendo, lo comprendo... -murmuró, sin mucho entusiasmo.

Entonces le pregunté si podía tomar posesión de mi cargo, ya que el señor alcalde estaba ausente.

-Por supuesto que puede -dijo-. Aunque... Bueno, me temo que no voy a serle de mucha utilidad -hizo una breve pausa y se encogió de hombros-. El caso es que no sé por dónde cae la pedanía esa que dice usted.

Como quiera que yo mostrase cierta perplejidad, siguió diciéndome que la cosa carecía realmente de importancia, ya que él también era nuevo en aquella comarca y hacía una semana tan sólo que estaba allí. Reímos con desgana, sin saber qué hacer. Por fin, el secretario agregó.

-Vaya usted a ver a don Rufo, el maestro del pueblo, quizá él pueda proporcionarle información.

Le di las gracias y salí. El guardia, con muy escasas palabras, me explicó por dónde quedaba la casa de don Rufo. Descendí a lo largo de una calle pina y desigual, y me detuve, ya casi al término de la misma, frente a una pequeña huerta. Bajo un peral, un hombre de pelo gris se balanceaba en su mecedora. Empujé la cancela, me aproximé a él y le pregunté si tenía el gusto de hablar con don Rufo.

-Sí -dijo incorporándose-, yo soy don Rufo. ¿En qué puedo servirle?

Para no cansarle demasiado, le expuse muy brevemente el motivo de mi visita. Tenía que alcanzar pronto mi destino, necesitaba ejercer mi magisterio cuanto antes. Estaba seguro de que él comprendería.

Mientras hablaba, don Rufo movió repetidas veces la cabeza en señal de asentimiento. Parecía darme a entender que también él era maestro y que, por tanto, sobraban explicaciones. -49- Cuando hube terminado, me dio unos golpecitos en la pierna.

-Le comprendo a usted muy bien, joven. Aún recuerdo la emoción que sentí cuando me hice cargo de esta escuela -sonrió mientras parecía evocar alguna escena muy significativa-. De eso hace ya casi cuarenta años; ¡figúrese usted!

Por unos instantes, los dos guardamos silencio. Una misteriosa ráfaga de viento agitó la hojarasca que cubría la huerta. Del fondo del valle subió el ladrido de un perro.

-Sin embargo -agregó de pronto-, no consigo recordar ese nombre... ¿Cómo ha dicho que se llama?

-¿Cómo se llama qué cosa?

-El lugar donde va destinado.

-Los Tatujos.

-¿Los Tatujos?... Es curioso, pero después de cuarenta años, no consigo recordar ese nombre -hizo una pausa-. Los Tatujos, ¿eh? Pues nada, que no sé ni por dónde para -espantó algunas moscas de su frente-. De todas formas, no debe extrañarse. Este es un terreno muy accidentado, como habrá podido usted apreciar, y hay muchos caseríos desperdigados por toda la sierra, ¿comprende? -Luego añadió para sí-: Esta dichosa cabeza...

Le rogué que no se preocupara más del asunto, pero me hizo callar con un rápido gesto.

-¿Los Tatujos?... ¿Ha dicho usted Los Tatujos, verdad?

Repliqué que sí, que había dicho Los Tatujos, un poco harto del aquel juego.

-Verá usted. Es que ahora me parece recordar que ya hubo otro maestro que también me preguntó por ese lugar... o por uno muy semejante. Claro que ha llovido mucho desde entonces.

Pensé que se trataría de mi predecesor en el cargo, y así se lo dije a don Rufo, quien se manifestó de acuerdo. De nuevo le pregunté cómo aquel compañero había logrado dar con la pedanía.

-Bueno, realmente no puedo asegurarle si dio o no con ella, aunque... Sí, sé de alguien que a buen seguro le ayudará. El tío Candelas conoce al dedillo la región, ¿sabe usted? Se gana la vida vendiendo chucherías y se mete por todas partes.

-50-

Me dijo que el tío Candelas estaría en su casa a aquellas horas y que vivía al otro extremo de la calle. Agradecí su interés, le estreché la mano y abandoné la huerta.

El tío Candelas era un individuo bajito, de ojos pequeños y centelleantes. No, no recordaba a ningún maestro que hubiera ido a Los Tatujos. Posiblemente don Rufo estaba en un error.

-Se le va la cabeza al pobre. Es ya demasiado viejo.

Desde luego, sabía, poco más o menos, dónde estaba Los Tatujos, aunque jamás había subido hasta allá.

-Creo que hay muy poca gente, y, según dicen, son pobres e ignorantes. De manera que, como usted comprenderá, pocos negocios puedo hacer.

Aun así, él podía alquilarme su mula que conocía el camino perfectamente y en pocas horas me llevaría a mi destino. No había más que dejarla ir. Era dócil y resistente. Me encogí de hombros. Si no había otra solución... ¿Otra solución? El tío Candelas rompió a reír muy divertido por la ocurrencia. ¿Acaso creía que estaba en la ciudad? No, hombre. Aquella era una comarca agreste y dejada de la mano de Dios, de forma que no se podía andar uno con remilgos. Así pues, cerramos el trato. Le pagué el alquiler de la mula y me advirtió que tan pronto como alcanzara Los Tatujos la dejara libre, que ya se encargaría ella de regresar. Le aseguré que así lo haría, cargué la maleta y el envoltorio de plástico con los bocadillos que me había preparado mi madre, y emprendí la marcha. Deseaba llegar cuanto antes para echarme en cualquier camastro y dormir veinticuatro horas de un tirón.

Ascendimos por una vereda más bien apacible. Poco a poco, el pueblo se fue quedando muy abajo. Podía barruntar sus tejados, sus chimeneas ahumadas y sus corralizas semiderruidas. En un principio, todo aquello me resultó satisfactorio. Discurríamos junto a pequeños prados por donde zigzagueaban cientos de arroyos, junto a bosques de castaños, junto a sorprendentes paisajes en los que se conjugaban con total armonía los colores más dispares. La mula conocía bien el camino y su paso era uniforme, seguro y melodioso.

Debí de quedarme adormecido, porque cuando desperté, el valle se hallaba sumergido en una claridad rojiza. Miré el reloj; ya eran las seis y cuarto. Así que llevábamos más de tres horas de marcha y todavía faltaba mucho para coronar -51- el formidable macizo. Empecé a ponerme nervioso. Decididamente, el tío Candelas no tenía idea alguna del tiempo. Por otro lado, el panorama que se me ofrecía ahora resultaba sobrecogedor. Ya no había bosques, ni regatos, ni se escuchaba el gorjeo de los pájaros. Caminábamos entre peñascales grises y escarpados, junto a oscuras gargantas y peligrosas simas, junto a inmensos farallones que parecían no tener fin. No se percibía ningún sonido fuera del clop-clop cansino y monótono de mi cabalgadura. Sobre un picacho, -me hizo el efecto de una mano surgiendo de entre las agitadas aguas del océano- planeaba un águila real de gran envergadura.

De pronto volvió aquella vaga sensación de temor. Me reproché mi atrevimiento y traté de reconsiderar, con la mayor serenidad, la coyuntura. Estaba solo, en un paraje inhóspito y desconocido, confiado total y estúpidamente al instinto de una bestia. Me pareció un sueño, una pesadilla más bien. Tentado estuve por unos instantes de regresar al punto de partida. Pero me dije que tal vez mi destino estuviese ya más cerca de lo que yo mismo podía suponer. Así que decidí continuar adelante. Me aferré al ronزال y procuré pensar en otras cosas: en Ángela, por ejemplo.

La montaña parecía interminable. Se había puesto el sol y la oscuridad trepaba desde lo más hondo del llano. De nuevo consulté el reloj: marcaba las diez y unos minutos. Y sin embargo, sobre mi cabeza se elevaba hasta el infinito la muralla granítica.

No tenía ningún apetito, pero era necesario tomar un bocado para restaurar mis energías. Comí sin descabargar, sin detener el paso. No quería diferir, bajo concepto alguno, aquel horrible viaje. Me acomodé lo mejor que pude sobre la grupa y comencé a repasar mentalmente los últimos meses de mi vida: el término de la carrera, las oposiciones, los proyectos para el futuro... Y así fue como caí en un pesado sueño.

No pude precisar cuántas horas o días permanecí dormido, porque cuando desperté mi reloj se había parado alrededor de las once. Pero tenía las ropas húmedas y un frío insoportable. Nos envolvía la niebla y resultaba imposible ver nada en absoluto más allá de tres palmos. Sin embargo, -52- advertí que íbamos por campo raso. Detuve la mula, salté al suelo, abrí la maleta y me abrigué con una gruesa chaqueta de lana.

Durante no sé cuánto tiempo -mi reloj, como ya he dicho, estaba parado- anduvimos entre la espesa niebla. Por fin, cuando escampó y bajo una tenue claridad lunar, contemplé el vasto páramo que se abría frente a mí. No pude evitar un estremecimiento. ¿Y si la mula se había extraviado, muy a pesar de las predicciones del tío Candelas? Por lo pronto, nada divisaba -ni una luz, ni una parcela de tierra de laboreo, ni el más insignificante vestigio humano- que hiciera sospechar la proximidad de caserío alguno. Me sentí deprimido y con ganas de llorar. Estaba corriendo un peligro inútil por culpa de una desmedida y vanidosa confianza en mí mismo. Me maldije y maldije a la mula. Y al alcalde. Y a don Rufo. Y al tío Candelas. Y a aquel perdido lugar que se alejaba más y más, y que tal vez ni siquiera existiese... Durante el curso de mis ideas anonadado por la tan repentina como espantosa duda. Pero, ¿podía ser posible aquello? Es decir, ¿podía ser posible que la aldea no existiera realmente o que hubiera existido en otra época más o menos remota y que ahora tan sólo fuera un recuerdo, un nombre en los polvorientos archivos del Ministerio? Nadie, ni el secretario, ni el maestro, ni el buhonero, me había proporcionado datos concretos sobre la pedanía, sino insinuaciones, cálculos aproximados, chismes... ¡qué sé yo! Pero nada, nada en concreto. Nada en firme. Nada seguro. Y entonces fue cuando aquel temor incipiente y torpe cobró dimensiones, me paralizó la sangre, me oprimió la garganta hasta cortar la respiración.

Se había levantado un viento glacial y su aullido recorría toda la planicie. Aspiré con ansia y traté de recuperar el resuello. Ante todo, era un hombre consciente y no debía precipitarme en conclusiones absurdas. Muy probablemente, mi caballería se había despistado con las brumas, o bien se trataba de un bromazo muy al uso entre aquellos montañeses. Eso era todo, en definitiva. animado por tales pensamientos, bastante lógicos, en verdad, sentí que se renovaban mis fuerzas y con un débil grito hundí los talones en los ijares de la bestia.

El fuerte viento levantaba nubes de arenisca, que se precipitaban -53- sobre mí con violencia. Me tendí sobre el cuello de la cabalgadura y cerré los ojos. Así anduvimos durante un buen rato. Al incorporarme para echar una ojeada, creí vislumbrar un destello, una chispa en medio de las espesas tolvaneras. Pero en vano busqué por entre el caos. ¿Había sido, pues cosa de la imaginación? ¿Se trataba realmente de un relámpago? ¿O es que, por fin, estaba cerca de mi destino?

Dos horas después -quizá fueran tres o trescientas, ¡qué sé yo! Porque, ¿he dicho que mi reloj se había parado? ¿He dicho que el tiempo carecía de módulo? ¿Lo he dicho?- se produjo un hecho singular. Aún hoy, no puedo decidir si tan sólo tuve una alucinación. El caso fue que de entre los espumajos de polvo surgió una fila de jinetes a lomos de pequeños borricos. Cabalgaban en sentido contrario e iban cubiertos hasta los ojos con mantas y tabardos. Me detuve y esperé que ellos hicieran lo mismo. Pero no debieron verme porque pasaron junto a mí sin tan siquiera advertir mi presencia. Volví grupas, me situé al lado del último y puse mi montura al paso de la suya. Le grité repetidas veces si aquella senda conducía efectivamente a Los Tatujos. Pero el viento arreciaba y mis palabras se diluían en su potente aullido. Así que lo cogí por un hombro y lo zarandé.

Se volvió sin demostrar sorpresa alguna y me miró. Sus ojos eran pequeños y hundidos, como dos ranuras, como dos tajos, y se iluminaron al mirarme con una ligera ironía. Me pareció que movía los labios, pero en aquel momento un nuevo remolino nos separó. Fue inútil que los buscara después que hubo amainado el vendaval. Habían desaparecido tan sorprendentemente como llegaron. Pero de cualquier forma, el encuentro me hizo recobrar ánimos. Era señal evidente de que cerca, muy cerca ya, había un lugar habitado. Si no Los Tatujos, sí una venta, una alquería, algo, en fin, donde pudiera descansar.

Amanecía cuando cesó la tormenta. El sol surgió sin transiciones, y el inmenso pedregal se me ofreció bajo una extraña luz azulenca. Sólo al Norte, pero muy distante, se alzaba una gigantesca cordillera cubierta por las nieves.

Durante todo el día cabalgué sin detenerme. Me encontraba febril, y mis miembros estaban atrofiados de tanto dolor. Dormía a intervalos, y pasaba del sueño a la vigilia casi sin darme cuenta. Tan pronto sentía frío como calor. Y cada vez -54- que abría los ojos, la atmósfera había cobrado una tonalidad diferente: del blanco lechoso y glacial de las noches a la opalina y metálica luz de los días. Iba como un sonámbulo persiguiendo una chispa en aquella estepa, un destino inaccesible, un débil rescoldo más allá del horizonte.

Cierta madrugada, al despertar, me sobresaltó la calma que se había hecho en torno. Miré hacia adelante y vi de nuevo la diminuta llama. Esperé que, como en otras ocasiones, desapareciera casi en el acto, pero, contra toda conjetura, permaneció fija. Me froté los ojos, pensando que se trataba de un engaño. Sin embargo, la luz permanecía allí, firme y esperanzadora. Estuve a punto de llorar. Por fin, Señor, ¡por fin! Espoleé mi cabalgadura, que emprendió un trote discreto. No dejaba de mirar la luz, temiendo que volviera a extinguirse de un momento a otro. Pero ya estaba muy cerca. A cien metros. A cincuenta metros. Tan sólo a diez metros.

Entonces pude distinguir al hombre que sostenía la lámpara. Era muy viejo y se encontraba junto a un elevado muro desprovisto de puertas y ventanas. No hice demasiado caso de aquella observación. Estaba demasiado alegre, porque la pesadilla había pasado finalmente.

-¿Me esperaba? -le pregunté cuando estuve a su lado.

-Cada noche, desde hace ya muchos años.

Quise explicarle todo cuanto me había sucedido, pero el viejo echó a andar y me ordenó que le siguiera. Desmonté, cogí la maleta y di unas palmadas a la mula para que emprendiera el regreso. La vi alejarse con aquel monótono clop-clop que nunca olvidaría, y de repente sentí deseos de correr tras ella, de regresar con ella, de huir de todo aquello. Pero era demasiado tarde. El hombre se había detenido y me aguardaba con la lámpara en alto para alumbrarme el camino.

Me condujo hasta una especie de granero inmenso. No podía distinguir más que el contorno de las cosas, pero olía a moho, a materia en descomposición. Se detuvo frente a una mesa desvencijada y puso la lámpara de aceite sobre ella.

-Hemos llegado -dijo.

Le pregunté qué era aquello, y me respondió que la escuela. Entonces traté de decirle que todavía era muy temprano para empezar las clases y que lo que necesitaba verdaderamente era una cama, un jergón, algo donde dormir y -55- descansar durante algunas horas. Sin embargo, no me permitió concluir.

-Espere, espere -dijo, mientras se alejaba con una sonrisa, que se me antojó burlona, y se perdía en las sombras sin atender a mis ruegos.

Me encogí de hombros con cierta resignación. Decididamente, me encontraba entre gentes hurañas. No había más remedio que acostumbrarse a sus cosas si quería cumplir con mi deber. Limpié una polvorienta silla, tomé asiento y descansé brazos y frente sobre la mesa. Así caí en un profundo sueño. Me despertó el repique de cientos de campanas y el rumor creciente de una multitud. La lamparilla se había apagado, pero ya era de día. Miré a mi alrededor: todo estaba roto, amontonado, olvidado. En el suelo, entre los desconchados del cemento, crecía el jaramago. Pero afuera crecía también el rumor, la gritería, el tañido. Era sin duda, la bienvenida con la que pretendían sorprenderme. Estaba claro. Así que me acerqué a la puerta con una amplia y agradecida sonrisa y en los labios, sonrisa que terminó quebrándose en una mueca amarga, porque frente a mí sólo se extendía la infinita llanura, con su soledad y abandono. Cerca, muy cerca, piafaba inquieta la mula del tío Candelas.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

